

El que cree en Dios vuelve a dar gracias y...

Homilía, 13 octubre 2019 – Nelson Barbieri SDS

Domingo 28º del Tiempo Ordinario (Ciclo C)
[2 R 5, 14-17; Sal 97, 1. 2-3ab. 3cd-4; 2 Tm 2, 8-13; Lc 17, 11-19]

Todos los días encontramos personas en la iglesia que piden gracia para que se cure de alguna enfermedad, para ellos mismos o para alguien cercano a ellos. Sucede todos los días, en todo el mundo. ¿Quién de nosotros, ante una enfermedad o con alguien enfermo en casa, no se ha acercado a Dios e intercedido la gracia de ser sanado? Digo esto para decir una cosa muy simple: buscar protección divina en el momento del dolor y la enfermedad es propio de la naturaleza humana. Es extremadamente humano rezar por la salud y la curación de enfermedades. En la primera lectura, Naamán se dirigió a la curación y en el Evangelio, diez leprosos le rogaron a Jesús que los sanara.

El Evangelio de hoy presenta la fe como una actitud, a través de una caminata de regreso, en el ejemplo del leproso que regresa a Jesús. Aquellos que viven la fe entienden que la fuente de la vida reside en Jesús, por lo que, como el leproso, cambia de dirección y regresa a Jesús para dar gracias.

La Iglesia Católica siempre ha reconocido los milagros. Todas las beatificaciones y canonizaciones se realizan solo porque ha ocurrido un milagro, por la intercesión de aquellos que son beatificados o canonizados. El reconocimiento de un milagro por parte de la Iglesia es extremadamente rígido a través de una investigación científica extensa y profunda en el campo de la medicina. Nosotros salvatorianos somos testigos de eso, con el milagro de Pe. Francisco Maria de la Cruz Jordan. En el proceso de reconocimiento de algún milagro por parte de la Iglesia, la curación generalmente se lleva a cabo en el silencio del sufrimiento, en camas de dolor, en oraciones profundas y silenciosas, donde la fe se testifica a través del silencio y la confianza de aquellos que creen profundamente en Dios. Y eso tiene una razón para ser así. En la primera lectura, escuchamos que Dios se sirvió de una manera muy simple para sanar a Naamán. La curación tuvo lugar en un baño de río. En el Evangelio se repite lo mismo: la curación ocurre en una caminata. La curación ocurre casi siempre en la simplicidad de aquellos que están dispuestos a obedecer la Palabra de Dios.

También debemos rogar por la curación; Es un hecho bíblico. La Biblia, especialmente el Evangelio, está llena de personas que interceden para sanar. Curas de enfermedades físicas, pero también curas sentimentales, ira, odio, males que quitan la paz interior. Pedir sanidad es un testimonio de fe; solo aquellos que creen en Dios y su poder interceden por la curación divina para sí mismos o para aquellos que lo necesitan. Pero debe entenderse que la curación puede ocurrir a través de la paciencia de un tratamiento, puede pasar a través de un medicamento, de la aceptación de la enfermedad, o a través de una intervención directa de la acción divina. En cualquier caso, de los 10 leprosos aprendemos tres cosas importantes en su súplica para sanar: primero la necesidad de orar, interceder por sanidad; el segundo es la obediencia a la Palabra de Jesús, cuando nos pide que hagamos algo en la búsqueda de la curación, y el tercero, la importancia de la acción de gracias.

Toda agradecimiento proviene de una experiencia de admiración. Cuando admiras lo que alguien ha hecho por mí, una acción de gracias llena de alegría nace espontáneamente. En las lecturas que acabamos de escuchar hay dos admiraciones: admiración humana y admiración divina. Hay una admiración humana que se detiene en el milagro, como esos nueve leprosos sanados que no tienen retorno. Pero también hay admiración humana que lleva a la acción de gracias, que tiene la capacidad de volver a agradecer. Este es el caso de Naamán en la primera lectura y el caso del samaritano que, curado de la lepra, regresa para agradecer a Jesús.

La otra admiración presente en las lecturas es esa divina, manifestada en la persona de Jesús de dos maneras. Lo más evidente es que Jesús se maravilla de que solo uno reconociera que necesitaba agradecimiento. Indicativo de que la mayoría de las personas no agradecen a Dios por lo que reciben de Él. Es un hecho evidente hoy. Hemos escuchado que "lo que tengo es el resultado de mi esfuerzo", "el resultado de mi lucha", "mi trabajo" y quizás por esto, si hago todo, no necesito a Dios y no necesito agradecerle. Cuanto más se exalta a uno mismo, más se saca a Dios de la vida, y uno tiene poco que agradecer. La otra admiración de Jesús es por

el samaritano que fue sanado y regresó. Regresó porque la fe en Jesús se despertó en él: se acerca y se postra; gesto que reconoce la presencia divina en la persona de Jesús. Tanto es así que Jesús ya no lo envía al sacerdote, sino a una nueva forma de vida, diciendo: "Ve, porque tu fe te ha salvado".

Por lo tanto, la acción de gracias a Dios es una manifestación de la fe personal. Cuando creemos que somos quienes somos porque Dios nos ofrece Su gracia y nos acompaña con Su presencia y Su Espíritu, es lógico regresar para agradecerle. Por lo tanto, podemos evaluar la dimensión de nuestra fe por la forma en que recurrimos a Dios para agradecer, al igual que ese leproso, que entendió que su curación, que le ofreció una nueva vida, tenía una fuente y esta fuente solo podía ser Dios. Entonces, si reconoces que todo proviene de Dios, tienes fe. El éxito de su trabajo, sus estudios, su vida familiar tiene su origen en Dios, y naturalmente lo hace sentir agradecido. Gracias a diario y gracias eucarísticamente, es decir, dar gracias a Dios, como lo estamos haciendo ahora. El que cree en Dios vuelve a dar gracias y al dar gracias profesa su fe.

